



Eduardo Galeano
Memoria del fuego (III)
El siglo del viento



164

EDUARDO
GALEANO



MÉMOIRE
DU FEU
I. les naissances

feux croisés

PLON

Galeano y Cuba

RESCATES

Porfiada fe

Eduardo Galeano

Los verdaderos amigos critican de frente y elogian por la espalda, como bien decía Carlos Fonseca Amador. Sin embargo, yo quiero empezar diciendo mi gratitud a esta revolución y a esta casa.

La Revolución Cubana ha marcado para siempre a los latinoamericanos de mi generación, que hemos entrado al mundo con su señal en la frente y con ella hemos andado, para conjuro del desaliento y exorcismo del miedo. Y la Casa de las Américas ha sido, en todos estos años, el entrañable lugar de encuentro adonde hemos acudido, desde nuestras comarcas, para reconocernos y pelearnos y querernos. La realidad habla un lenguaje de símbolos, y así como Fidel Castro es el apasionado y turbulento símbolo de la Revolución Cubana, así también Haydée Santamaría es el símbolo apasionado y turbulento de Casa de las Américas. Creando la Casa, esta mujer fundadora ha hecho más por el descubrimiento de América que todos los conquistadores juntos.

Nuestra América está enmascarada, y la Casa nació para ayudarle a revelar el rostro, rostro de rostros, escondida y deslumbrante cara múltiple. Tenemos todavía miedo de ver, tenemos todavía miedo de vernos. Pronto se cumplirán cinco siglos de la llegada de Cristóbal Colón y todavía no nos hemos descubierto a nosotros mismos. Nuestros países están entrenados para ignorarse entre sí y para ignorar lo mejor de sí. La herencia colonial y el sistema neocolonial, que nos obligan a aceptar la humillación como costumbre, nos obligan también a aceptar la ceguera como destino. Organizados para el desvinculo y el autodesprecio, cultivamos los estúpidos rencores mutuos y practicamos la ridícula tradición de escupir en el espejo.

En nuestra América enmascarada, los ricos, los blancos, los machos y los militares usurpan el poder y simulan ser la única realidad posible. Se confunde la cultura dominante con la cultura nacional, como si nuestros países fueran incapaces de creación y estuvieran condenados al consumo de entretenimientos mediocres y copias serviles.



Se obliga al pueblo a padecer la historia, pero se le niega el derecho de hacerla, y a lo sumo se le otorga la libertad de elegir la salsa con que será comido. El sistema desprecia a la gente, porque le tiene miedo. Porque es ahí, ahí abajo, ahí adentro, donde residen las fuerzas del cambio y donde alientan las energías de lo real maravilloso, en el exacto centro de lo real horroroso de América.

¿Queremos ser la voz de los que no tienen voz? Infortunada expresión. Bien intencionada, pero equivocada. No hay pueblo mudo. Simplemente ocurre que la cultura dominante, cultura de ecos de voces ajenas, tapan la boca de los que tienen voces propias. Nosotros queremos ayudar a que se desaten las voces de la realidad real, casi siempre negadas por la realidad oficial, por la sencilla razón de que son las únicas capaces de decir cosas que de veras vale la pena escuchar.

Desatar las voces, desensoñar los sueños: la revelación de la realidad, revelación de la identidad, exige el coraje de la contradicción. La cabeza de Elegguá lleva la muerte en la nuca y la vida en la cara. De nuestros miedos nacen nuestros corajes y en nuestras dudas están nuestras certezas. Los sueños anuncian otra realidad posible y los delirios, otra razón. En los extravíos nos esperan los hallazgos, porque es preciso perderse para poder encontrarse; al fin de cuentas somos los que hacemos para cambiar lo que somos. Decía José Artigas que en la contradicción está la única prueba de la libertad, y bien podríamos agregar que en la contradicción está la única prueba de la vida, de la vida viva. La identidad no es una pieza de museo, quietecita en la vitrina, sino la siempre cambiante síntesis de los conflictos y desafíos de cada día; y hoy no es, nunca es, otro nombre de ayer.

Nuestra América, tierra de crimen y maravilla, contiene las claves de otro destino en las profundidades de su historia y en su incesante capacidad de horror y de belleza. ¿Encontraremos las voces que dentro de ella nos están esperando? ¿La rota canción, la canción entera? ¿Seremos dignos de tanta espera y de tanto dolor? ¿Merecedores de tanta alegría, anunciadora del tiempo nuevo y del nuevo Nuevo Mundo?

Del pecho de los que creen, está escrito, brotarán ríos de agua viva. La verdadera historia de América, de la nuestra y de la otra, es una historia de la dignidad. Ella nos alimenta nuestra fe, porfiada fe, en el jodido bicho humano y en las palabras que cuentan su aventura. Porque la verdadera cultura de América, de la nuestra y de la otra, es también una cultura de la dignidad; y nosotros, que somos del oficio, tenemos el orgullo de saberlo y el orgullo de decirlo, hoy, esta noche, en la tierra de José Martí, Wilfredo Lam y Alejo Carpentier.

Hace poco, hablando en un homenaje a mi maestro Juan Rulfo, yo recordaba un secreto que alguien me contó que le contaron. A la hora de morir, un viejo campesino reveló este secreto, al oído de su nieto: “Las uvas –le dijo– están hechas de vino”. Y entonces yo pensé: Si las uvas están hechas de vino, entonces nosotros somos las palabras y las imágenes y lo sonidos que dicen que somos. Y esas palabras, esas imágenes, esos sonidos,

seguirán estando cuando nosotros ya no estemos, volanderas voces desprendidas de la boca, como siguen resonando algunas mágicas guitarras, por su cuenta, solas, en memoria de la mano.

Revista Casa de las Américas N.º 174, mayo-junio 1989.

